

en el movimiento democrático socialista de los obreros suizos, quizás porque los más ardientes revolucionarios y exaltados republicanos de aquellos países, encontraban en la confederación helvética un asilo permanente y seguro á las persecuciones de sus gobiernos respectivos. La misma Internacional de trabajadores logró implantarse en Suiza á los pocos días de su creación en Londres, adquiriendo formal desarrollo en breve tiempo por Locle, Bienne, Jura Bernois, Neuchatel, Chaux-de-Grands, Val de Sante Jenier, Val de Travers, Bâle, Genève, y otras villas ó ciudades de gran importancia industrial. Esto en virtud de la anterior formación de las secciones de oficios en dichos puntos, para sostener las huelgas mediante cajas de resistencia, y para mejorar su estado material por sociedades cooperativas de consumo y de socorros mutuos.

Para que nuestros lectores conozcan hasta dónde hoy llega la asociación en Suiza, bastará decir que en 1829 un sólo canton, Ginebra, poseía dos sociedades de socorros mutuos; pero gracias á los esfuerzos loables del comité de utilidad general, Ginebra cuenta ya hasta treinta de aquellas, formadas por individuos de un mismo Estado ó canton, y que sirven para garantizar recursos en los casos de enfermedad, vejez, imposibilidad de trabajar y muerte. Las que funcionan con obreros de un mismo oficio ó profesion extienden el socorro hasta los casos de huelga. De carácter puramente benéfico pasan de veinte en esta villa, que pasa por cosmopolita, juzgando que hay en ella habitantes de todas las naciones del mundo; además, por la estadística de sus asociaciones figuran veinticuatro religiosas, veinte científicas y literarias, ocho agrícolas, doce artísticas, seis ó siete para préstamos con escaso interes, diez y siete patrióticas, nueve ó diez cajas de ahorros, dos sociedades de mujeres y lo ménos ocho cuyo esencial objeto es fortalecer los lazos de fraternidad entre los obreros de un mismo oficio, facilitar sus relaciones para procurarse trabajo constantemente, socorrerse en casos de huelga ó enfermedad y formar un fondo social que permita mantener la mano de obra en su más justo precio.

Con tales elementos de vida social y prosperidad económica en Ginebra, y que relativamente vienen á ser los mismos en otros cantones, ¿quién ha dudado que Suiza alcanza los primeros grados de la civilización de Europa?

Aún va más allá el espíritu de asociación en la República helvética. En 1839 fundaron una sociedad á prima fija los profesores de instrucción primaria, para asegurar una pensión vitalicia anual de 2.500 reales á los miembros que contasen 25 años de servicios, á sus huérfanos menores de 18 años, y en defecto de éstos á sus viudas. El capital es de unos 300.000 reales, las imposiciones trimestrales de 60 reales, el término medio anual de los ingresos de 50.000 reales, y

el de gastos 20.000 reales. En 1850 fundóse otra en el término municipal de Jussy, cuyo objeto es asegurar á los socios la residencia de un médico. Su capital es de 100.000 reales (200 acciones de 500 reales) y 10 reales anuales como cuota por cada individuo de las familias de los societarios. La sociedad se compromete á la adquisición de una casa con jardín espacioso, para habitación gratuita del médico, quien por su parte se encarga de visitar á los socios enfermos de la *Commune* de Jussy, al tipo de 6 reales por visita. En Laussanne, Zurich, Grütli, Bâle, Locle y otros puntos, existen también numerosas asociaciones de seguros sobre la vida, de seguros contra incendios y calamidades imprevistas, de provisiones para el invierno, de instrucción mutua, de edificaciones de casas, etc., etc. Como quiera que todo ciudadano suizo forma parte de la milicia federal, se han fundado sociedades para socorros de sus viudas ó huérfanos, mediante cuotas metálicas, que varían segun los grados, desde simple soldado á general. Este propósito de asociación es tan inherente al carácter de los suizos, que donde quiera se hallen éstos fuera de su patria, allí la practican y desarrollan con lisonjero éxito. Tal sucede en Londres, San Petersburgo, Paris, Roma, Manchester, Liverpool, Leipsig, y en muchos pueblos de América.

Por lo que al movimiento cooperativo atañe, en Suiza se encuentran muchos Bancos populares con idénticas bases á los de Alemania. Hay también no pocas sociedades de consumo é industriales de producción, las cuales, por su floreciente estado, testifican el entusiasmo societario que anima á todos y cada uno de los libres habitantes de la confederación helvética. En nuestros días el movimiento obrero de Suiza ha tenido tanta influencia en la marcha y desarrollo de la *Asociación Internacional* que nos vemos precisados á pasarle ahora por alto hasta que de ésta hablemos con la atención que su importancia exige y merece.

JOAQUIN MARTIN DE OLÍAS.

## JUICIO CRÍTICO

DE LAS

### ANTIGÜEDADES DEL CERRO DE LOS SANTOS.

EN TÉRMINO DE MONTEALEGRE,

Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia, en la recepción pública del Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, el día 27 de Junio de 1875.—Madrid, imprenta de T. Fortanet.

I.

Vivo en provincias, en una de las más oscuras, envuelto en el desconcierto que produce una guerra que ha hecho de padres é hijos contrarios acérrimos y enemigos encarnizados, y, aunque por defender la causa de la libertad me roban no pocas horas, y, sobre todo, tranquilidad de espíritu las

ocupaciones militares, es tal mi amor á las letras que trato de estar al corriente del movimiento intelectual de la península.

Entre otros trabajos, leí á su tiempo el cuyo título encabezo este artículo, y tan notable me pareció, que esperaba con ansia la publicacion de las buenas criticas que sobre él habian de llover. Pero mi esperanza se ha frustrado, ni una tan siquiera ha visto la luz, y esto, á más de ser injusto, hace poco favor á nuestros sabios filólogos y geógrafos.

Han sido tantas, sin embargo, las obras valiosas que han pasado en silencio!

Y no acierta á disculpar á los criticos lo que mi buen amigo, el notabilísimo historiador D. Ildefonso Antonio Bermejo, me escribe: «Disculpe usted la pereza de la critica en estos tiempos tan azarosos, y donde las impresiones son tan rápidas y fugaces, que necesitan continua renovacion en las novedades útiles.» Manera, en verdad, harto discreta de protestar contra la injusticia y el punible olvido en que los criticos han dejado la obra maestra—*Estafeta de Palacio*—de todos los historiadores políticos modernos que ha habido en España. Tan maestra, que por ella sólo merece su autor ocupar un sillón en la Real Academia de la Historia.

Estas razones me han movido á escribir algo sobre el presente trabajo, fiado en la indulgencia de mis lectores, y desconfiando de mi competencia en el asunto, siendo, en verdad, extraño, que sea en una provincia, y no de las de primer orden, donde se haga lo que por diferentes criticos debió hacerse en la capital, pagando de este modo el desdén con que la mayor parte de los escritores madrileños miran á los provincianos, excusando hablar y escribir de sus obras, que siempre tuvieron en poca estima.

Era costumbre generalmente admitida, y por todos llevada á cabo, publicar los discursos de recepcion de la Real Academia de la Historia, con impresion elegante, ya que por lo que respecta á la parte literaria, venian á ser preciosos estudios mono-biográficos, en general, pero sintéticos, hasta el punto á que la necesidad de encerrar en corto espacio su trabajo les obligaba.

A esta costumbre, establecida de antiguo y seguida por todos los académicos, no han faltado, pero mejorándola, los Sres. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, y D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, en la recepcion del primero que tuvo lugar el 27 de Junio de 1875.

No es ya un discurso lo que han hecho, sino un libro notabilísimo, que representa esfuerzos y sacrificios supremos, lo mismo en su parte tipográfica que en la literario-artística. Su impresion es esmerada como la de ningun otro libro académico; la circunstancia de tener grabados de monumentos

antiguos en veinte láminas y dos mapas, aumenta su valor, y lo quilata y sube mucho más la de tener caracteres ibéricos, púnicos, árabes, caldeos, hebreos, siriacos, palmirenos, bártulo-fenicios, egipcios y paleo-griegos, tan limpios y tan claros, que dan una idea muy elevada del que á su cargo ha tenido una empresa de tanta responsabilidad.

En cuanto á la parte intelectual, no puedo pasar desaperebidos los obstáculos con que han tenido que luchar para dar cima á ese trabajo, que honra sobremanera á sus autores.

Hacer el estudio de un asunto determinado supone conocimientos superiores, investigaciones eruditas; pero, á la par de conocer concienzudamente los objetos, tener que dar vida á civilizaciones que pasaron, construir pueblos y ciudades que fueron destruidas por el fuego devorador de los tiempos y de las calamidades humanas, esto ya excede de los limites de lo posible; y la más grande erudicion, la más recomendable paciencia, la profundidad de pensamiento más admirable, se estrellan ante la oscuridad de sus misteriosos antros, que legaron las civilizaciones pasadas á la presente para poner á prueba su poder y mostrar su escasa sabiduría.

Júzguese, en vista de todo, los inauditos esfuerzos que habrán necesitado hacer los señores de la Rada y Fernandez-Guerra, para dar al público estos dos extensos discursos, que, si asombran por sus infinitos datos y noticias, por los conocimientos que suponen, no asombran ménos por la elegancia y claridad del lenguaje, por las atrevidas y profundas observaciones que una continua meditacion sobre el asunto ha sugerido á los dos eruditos etnógrafos y geógrafos.

Expongamos el cuadro

## II.

Divide el Sr. de la Rada su discurso en dos partes, sin contar las modestas palabras de vènia que escribe en su prólogo y las de despedida y disculpa que coloca, á manera de epilogo, en el final de su trabajo. Esto, despues de haber manifestado con una sinceridad que le honra sobremanera á quién debe favores y auxilios para encontrar el hilo de tan intrincado laberinto como el de las ANTIGÜEDADES DEL CERRO DE LOS SANTOS, EN TÉRMINO DE MONTEALLEGRE, asunto de su discurso. En la primera se ocupa del arte, que divide en arquitectura y escultura. Luégo de describir el terreno y los restos que del edificio descubierto han ofrecido las excavaciones, afirma que no son necesarios largos raciocinios para demostrar que son ruinas de un templo *prós-tilo*, de un templo griego; hace despues un exámen histórico-critico de los restos arquitectónicos del CERRO DE LOS SANTOS, que dan una nocion primera

acerca de su origen; compara el capitel jónico de Montealegre con el capitel egipcio, y nota sus grandes diferencias.

Algo más que en la arquitectura se detiene en la escultura, y sobre ella dice: que halla estatuas romanas, aunque alguna lleva caracteres de los llamados ibéricos ó celtibéricos, que se conocen, á pesar de la poco esmerada ejecucion artística, por el movimiento propio del arte greco-romano, por el traje y la manera con que le llevan, pero que las demas, por la inamovilidad hierática, pertenecen á la escultura egipcia que tiene por base esta condicion; y termina haciendo un ligero análisis de los caracteres marcadamente propios de ella; y de la comparacion de éstos con los de los objetos encontrados deduce que las estatuas halladas tienen sobre una base egipcia trazos característicos griegos, y en lo relativo al indumento, influencias asirias.

En la segunda parte se ocupa de la lengua, religion y ciencia, y es tanto lo que estudia, tanto lo que presenta para comprobar lo que da por verdadero, que el lector se envuelve en un caos de erudicion, que no soporta la cabeza mejor organizada.

En llegando á este punto yo me declaro del todo incompetente.

Si el señor de la Rada conociese á fondo todas las lenguas de que da muestras en esta parte, sería el primer poligloto europeo; si poseyera los conocimientos que supone, sería el primer sabio del mundo.

Él va explicando uno por uno, con detenido análisis, porque su estudio nace de una comparacion escrupulosa y nimia y de una testificacion de antiguos escritores asombrosa, todos los objetos hallados en el CERRO DE LOS SANTOS, y él llega á descubrir verdades muy ocultas, llevando no pocas veces el convencimiento al aturdido espíritu del lector más atento. La lengua, la religion y la ciencia, todo, todo viene en apoyo del Sr. de la Rada, que las obliga á prestarle no escasos servicios en pago del trabajo que le costara adquirirlas. Imposible es que yo vaya haciendo mencion, uno por uno, de todos los relatos y sentidos que él hace y da sobre las estatuas de Montealegre, que para entenderlo quien me leyese, sería necesario leer línea por línea lo escrito por el Sr. de la Rada, y tener á la vista las láminas y planos que acompañan al texto. Todo lo examina más ó ménos detalladamente, inscripciones, divinidades y objetos científicos, que clasifica en monumentos egipcios, asirios y griegos.

El discurso del Sr. Fernandez-Guerra es principalmente geográfico-histórico. El electo académico á que contesta, hále limitado cortés y lisonjeramente á la investigacion geográfico-histórica de las comarcas donde las ruinas de Montealegre han aparecido, y el Sr. Fernandez-Guerra, despues de pre-

guntar: ¿qué ciudad hubo allí? ¿fué su nombre humilde ó espléndido? ¿habrá de ser para nosotros ignorado? ¿no se interesan la geografia y la historia en que se averigüe? ¿cuándo, cómo, por qué la destruccion del pagánico templo? ¿cuándo cayó destruída la ciudad? se prepara á ceñir á ello su discurso, creyendo que la investigacion, aunque difícil, ni es árida ni enfadosa. Anhelante de recordar, para adquirir ánimos, cómo ha visto claro el día de hoy en *Vesci, Ituci Virtus Iulia, Tucci, Ucubi y Urso*, habiendo andado ciegos, con él, todos los anticuarios y geógrafos en el día de ayer, afirma que la ciudad ibérica era grande, fuerte y de no pequeña importancia. Apoyado en los *Vasos Apolinarios* y en el *Itinerario de Antonino*, asegura que la ciudad fué *Elo*, su alcázar ó capitolio se alzó en el *Arabi*, y su barrio de *Pale* en el CERRO DE LOS SANTOS. Que fué espléndida y pereció en el año 921, trata de probarlo con textos y disquisiciones eruditísimas, y cuándo fué destruido el pagánico templo lo deduce haciendo un estudio de cómo fundaban los antiguos una colonia, de lo que eran los oráculos y misterios, los hemeroscopios ú observatorios diurnos y de lo que se propusieron los astrólogos y llegaron á realizar al ocupar el trono de los Césares, Vario Arito Baciario, que hubo de llamarse Marco Aurelio Antonino Elagábalo.

Sobre esto versan los discursos que examino; voy á decir algo de lo que á mi fatigado espíritu ocurre despues de leídos.

### III.

Confieso mi incompetencia, por ignorancia, por cariño y por deber. Por ignorancia, porque aunque amigo desde muy joven de revolver papeles y ratonear bibliotecas, no han llegado mis conocimientos á tanto, que sin temor alguno pueda enmendar la plana á los que tan sabios aparecen; por cariño, porque el que profeso al Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe es inmenso; y por deber, porque fuera en mí presuntuoso hasta la necedad, además de ingrato, censurar la obra de dos individuos que pertenecen á una doctísima corporacion que tuvo la deferencia de nombrarme su individuo correspondiente, y fuera pagar de mala manera tales favores, á los cuales debo hacerme merecedor, ya que no de otro modo, mostrándola mis respetos y agradecimiento.

Debiera, pues, constante con mi modo de pensar, concluir aquí; pero, ¿no cumpliré mejor la inmerecida distincion que me ha hecho exponiendo leal, modesta y sencillamente, todas las dudas ú observaciones que me ocurren? ¿no mostraré con esto mismo que leo y estudio las obras de aquella digna corporacion con ánimo de aprender y de contribuir, como átomo insignificante, al esclareci-

miento de la verdad? Creo que sí; mi conciencia así me lo dicta, y con ella por norte, y contando siempre con la benevolencia de mis dignos maestros, me atrevo á proseguir tan peligroso camino, haciendo la protesta de que no es mi ánimo herir en lo más mínimo la reputacion de dichos señores, y que retiraré desde luégo toda idea ó palabra que en lo más mínimo pueda ofenderles; manifestando con igual sinceridad que me he servido, para ir ménos descaaminado, de los consejos y lecciones de algunos sabios amigos, tan modestos que se ofenderían si yo escribiera aquí, para ser justo, sus nombres.

Insisto, pues, en que ántes de decir la primera palabra de mi juicio sobre los eruditísimos trabajos que ocupan mi atencion en estos momentos, tengo que hacer varias protestas de sinceridad: que respeto muy mucho los nombres de los dos ilustradísimos académicos, con los cuales me unen lazos de compañerismo y de dulce y respetable amistad para sólo morder con espíritu zoilo por el placer de morder; que mis conocimientos etnográficos, filológicos é históricos no llegan á tanto, ni mucho ménos, para enmendar la plana á mis maestros; que hijos de la duda, producto de mi ignorancia, propongo los escrúpulos de mi conciencia para que sean desvanecidos con la luz de la inteligencia.

Hechas estas aclaraciones, que me salvan de que puedan ver en mi conducta un mal propósito, vamos adelante.

Confieso que el Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado no ha sido nunca escritor de mi predileccion. Ni sus *Mujeres célebres de España y Portugal*, ni su *Viaje de S. M. la Reina doña Isabel II*, son obras que pueden conquistar un nombre ilustre, debiendo la mayor parte de su mérito á sus elegantes condiciones materiales; y su *Crónica de la provincia de Granada* y sus trabajos del *Museo español de Antigüedades*, apénas si bastan á merecer el ingreso en la Real Academia de la Historia; de modo que su trabajo ha debido ser tan notable, que por sí sólo justificara la eleccion hecha en su favor. Y en esto ha obrado discretísimamente el Sr. de la Rada. Su discurso es quizá, sin rebajar en lo más mínimo el mérito de los demás, el de más estudio y trabajo que encuentro entre todos los publicados por la docta corporacion. Es un esfuerzo grandísimo hecho por su autor, y esto merece los plácemes de todos. Ayer, ántes de escribir este discurso, hubiera sostenido que había otros más merecedores del título de académico que el Sr. de la Rada; hoy el Sr. de la Rada me parece digno de él como el que más. No es esto decir, sin embargo, que en todo haya estado acertado; que no tenga puntos vulnerables y hasta errores; que sea su trabajo tan exacto, que sus conclusiones no puedan someterse á una seria controversia en la que no pocas se echarían por

tierra; esto quiere decir que su mérito es relevantisimo hasta el punto de que, áun conceptuándome competente, no haría más objeciones y observaciones que las siguientes:

El Sr. de la Rada, en la página 49, dice, hablando de los tiempos griegos: «Conforme en un todo con esta planta de los primeros templos griegos fabricados con piedra... se encuentran los restos arquitectónicos del CERRO DE LOS SANTOS que voy examinando, indicándonos claramente su antigüedad ó el arcaismo, hijo del atraso de un pueblo, que *labraba las casas de sus dioses muchos miles de millas distantes de la patria primera.*» Las circunstancias de detalles no bastan para comprobar la antigüedad de monumentos erigidos á muchos miles de millas de su modelo, y la á que se refiere el Sr. de la Rada es insignificante. Demas de que la perturbacion de los tiempos, para nosotros envueltos en nieblas, y la confusion de las razas ó familias, pudieron permitir el paso á la idea más ó ménos tarde.

De mucho de lo expuesto por el Sr. de la Rada, deduciría yo que las antigüedades del CERRO DE LOS SANTOS son del tiempo de Baciano, que introdujo el culto del Sol en el imperio romano, y por esto y por que destruye todo lo que sobre otras razas que no sean las siro-egipcias ha escrito, sostendría yo que no tiene gran fundamento la compenetracion de civilizaciones. Y, ¿no le llama al Sr. de la Rada la atencion el que hasta ahora sea el único monumento,—ó casi el único si quiere que haga la excepcion del de Tarragona,—que se ha encontrado al que pueda aplicar sus conclusiones?

El Sr. de la Rada muestra una aficcion sin limites á resolver las cuestiones históricas por medio de la filología, y esto es peligroso. No he de ser yo, en manera alguna, el que menosprecie el apoyo de esta ciencia, llamada á resolver grandes dudas y á deshacer errores históricos de mucho peso; concederé, por el contrario, que ha servido á las demas ciencias, habiendo contribuido no poco al descubrimiento de los tiempos prehistóricos, y sido el principal fundamento de la clasificacion y conocimiento de las primitivas razas; pero ella no ha de ser bastante á que reconozca que, para usar de ella de la manera que lo hace el Sr. de la Rada, se necesitan conocimientos, no profundos, sí profundísimos, sin los cuales es muy fácil incurrir en graves errores que nos desorienten en las investigaciones filológicas.

No nos parecen flojos y escasos los que posee el novel académico, y sin embargo, para que sirvan de apoyo á mis escrupulosas observaciones, el señor de la Rada ha incurrido en no pocos errores. A mi vista, muy corta para mirar y ver bien estos objetos á tan grande hondura, saltan algunos. Allá van.

Página 96. «Los hebreos que vivieron entre caldeos y persas, llamaron (*Nisan*) al Abid ó primer mes del año mosaico, nombre tomado del zendico *nav-azan* (nuevo día del año).» Es verdad que al primer mes del año sagrado llaman los hebreos *Nisan*, pero no lo es que esté tomado del zendico, ni que signifique *nuevo día del año*, ni *primer mes*, etc. *Nisan* es una palabra puramente hebrea y caldea, nacida de un verbo que significa *huir*, y los hebreos le dieron el nombre de *Nisan* (fuga, huida) á su primer mes, por referencia al tiempo en que salieron de Egipto huyendo de la tiranía de Faraon. Es sabido que el nombre de *Abid*, con que los judíos designan igualmente al mes primero del año mosaico, significa *espiga*, y la razón de este nombre está en la circunstancia de germinar las mieses en ese periodo de tiempo.

Página 109. «¿No tendría relacion con esta divinidad (*Alidath*) el nombre del rio *Lete* (Guadalete) por su vecindad á las minas argentíferas de Tartero, tan celebradas de los antiguos?»—se pregunta el Sr. de la Rada, y yo me atrevería á contestarle:—No, señor; y en comprobacion de lo peligroso que es el procedimiento de las etimologías cuando no se dominan completamente los idiomas, cuando no se tiene en ellos conocimientos profundísimos, voy á responder á su pregunta.—El Sr. de la Rada cree ver analogía entre el nombre *Lete* y *Alidath*, conjetura que pudiera tener alguna relacion, ó infiere que pudo llamarse *Guadalete* al rio por su vecindad á las minas argentíferas de Tartero; y esto es de todo punto inexacto, porque la terminacion *lete* es una palabra alterada de alguna antigua poblacion que debieron designar los romanos con el nombre de *Leka*, segun se desprende de las crónicas árabes que llaman *Guadaleka* (rio del *Leka*) al que conocemos por Guadalete.

En la página 102, dice el Sr. de la Rada: «El estilito es el hombre, ha dicho Bufon, y yo añado, viendo los monumentos de Montealegre, los caracteres epigráficos ó el estilo, materialmente considerado, es la nacion.» Si esto es verdad; si en los monumentos del CERRO DE LOS SANTOS; si en los caracteres epigráficos encontramos el latino, griego é ibérico, que se codean con los geroglíficos ya figurativos y fonéticos del Egipto, es claro que para esta reunion tan diversa de elementos heterogéneos hubieron de pasar muchos años. Ahora bien: ¿vinieron estos elementos diversos paso á paso y en sus épocas respectivas, ó son *arcaísmos*, como dice el Sr. de la Rada, más ó menos vetustos.

Si repaso con atencion las láminas que acompañan á su eruditísimo trabajo, me encuentro con los parecidos más ó menos marcados que desde la época de la piedra pulimentada hasta el pretendido

hombre *simio* nos dan los que hasta hoy se han ocupado de la especie humana.

Dudas abrigo tambien sobre la más ó menos remota antigüedad de la estatuaria del CERRO DE LOS SANTOS; porque si bien encuentro evidentes pruebas de los mitos orientales; si no puedo dudar de la participacion que dieron éstos á la idea, tampoco se me oculta que en los primeros siglos de nuestra era, al transformar las basílicas en templos cristianos y al erigir los nuevos, fueron mezclados en la ornamentaria mil atributos de la cristiana creencia, que hoy, muchas veces, se confunden con los gentílicos, bien por falta de costumbre de interpretar y discernir la presentacion de la idea, bien por el contacto de ésta con las moribundas adoraciones.

Del Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe ¿qué puedo decir? Él es para mi amigo y director cariñosísimo; es tan singular como escritor, que casi ningun otro puede ponersele en parangon, y como sabio geógrafo y erudito, á la cabeza se halla de los que más lo son. Dice verdad el Sr. de la Rada: «casi sabe levantar héroes y personajes al mágico conjuro de su inspiracion poética, como levantar villas, ricos suburbios y ciudades, poblando con la ciencia el desierto abandonado por la ignorancia ó revuelto por la atrevida osadía.»

El trabajo que, más por compromiso que por otra cosa, habia echado sobre sus hombros era pesadísimo, y aun teniéndolos tan robustos, era peligroso prometerse llevar tan allá su carga. Por estas dificultades me atrevo yo á aventurar, que el argumento en que asegura que «las ruinas que, por evidiable lauro, ha sabido escoger el señor de la Rada por tema de su disertacion, no hay duda pertenecen á un hemeroscopio, esto es, á un colegio sacerdotal, á un observatorio diurno,» es de muy poco peso, y que al apoyarse en él, se ven la cavilosidad y el ingenio del que necesita fuertes maromas y sólo tiene delgadas cuerdas de casi inútil resistencia.

Habia conseguido, despues de esfuerzos gigantescos, crear una gran ciudad romana; era, pues, necesario probar cuándo fué destruida, y el Sr. Fernandez-Guerra lo intenta con la conciencia del sabio que está acostumbrado á acertar, á veces, por una intuicion desconocida. Cita en su apoyo la *Crónica hispano-latina* de Sampiro; y yo, aunque con sentimiento, no puedo ménos de decir, á mi buen señor D. Aureliano, que de la citada crónica, y ménos de las palabras que copia, no se infiere ni puede inferirse lógicamente, que Ordoño II destruyese la gran ciudad de *Elif*. Del texto literal sólo se deduce que tomó — y no incendió — los castillos Sarmaleon, *Eliph*, etc., y no nos dice una palabra de que destruyese ciudades, ni de que *Eliph* fuese otra cosa que un castillo.

Ni aún forzando el texto podría deducirse lo que el Sr. Fernandez-Guerra afirma; pero aún me ha extrañado mucho más, sabida y tenida por mí en cuenta esa acertada manera que tiene de discurrir dicho señor, tan acertada, repito, que á veces crea cosas que sólo el que poseyese una verdadera intuición profética podría aseverar con tanta anticipación, para despues ser confirmadas con nuevos descubrimientos. Y tan allá se la concedo al ilustre granadino, que me quedo con la esperanza de ver, *antes de mucho, nuevos estudios que desvanezcan por completo todas las dudas que me ocurren, y dejen sentado de una manera terminante y clara lo que hoy sólo parece hijo de premeditadas cavilaciones.*

Por lo demas, mejor sabe que yo mi bondadoso amigo—toda vez que él es maestro en esa ciencia, que hace de los jóvenes que la conocen viejos que la aprovechan,—que los reyes cristianos, si quemaban, talaban y destruían las fortalezas que tomaban, porque no volvieran á quedar en poder del enemigo y costara su recobro arroyos de sangre, en manera alguna hacían esto con las ciudades, que las aprovechaban más que nadie, á más de obligarles á ello la consideracion de habitarlas no pocos mozárabes, y por cuyo auxilio algo debieran interesarse.

Poco me atreveré á decir sobre lo peligroso que es contrariar lo tenido por todos como verdadero, porque si la gloria que se adquiere, al salir victorioso de la empresa, suele ser, y debe, mayor, con frecuencia pécase de atrevido y descarriado por el afán de conquistarla. Y D. Aureliano está por demas innovador en los siguientes casos.

La nota 42, correspondiente á la página 147, está en contradicción con el testimonio unánime de los cronistas árabes, que desde el autor del *Ajbar Machmudá*, hasta Al-Makkari, refieren el suceso de la invasion musulmana al reinado de don Rodrigo, á cuyo monarca atribuyen la violacion de la hija del Conde Julian.

El rey Witiza, sobre cuya memoria hace recaer el Sr. Fernandez-Guerra los más negros borrones, está cumplidamente vindicado de todos los cargos concretos que, contrariando el testimonio de Isidoro Pacense, su contemporáneo historiador, habia ido acumulando la historia, sin exámen ni juicio crítico.

Ignoro en qué razones de peso se funda el ilustrador de Quevedo para calificar de *nuevo Pelayo* al rebelde y astuto Omar-ben-Hafsún (página 152), el cual se aliaba indistintamente con los judíos, cristianos y musulimes, y se apoyaba en todos para satisfacer sus ambiciones, deseos y propósitos revoltosos; y si bien es cierto que Ebn-Adzari dice que llegó á abrazar la religion cristiana, D. Rodrigo de

Toledo niega rotundamente la sinceridad de la conversion, y este parecer se justifica, no sólo con el hecho de las alianzas referidas, sino tambien con el de haber invadido sus huestes, acaudilladas por Alkama, al territorio cristiano en tiempo de Alfonso III, quien, despues de haberlas reducido en Zamora, se adelantó hasta Toledo para rendir á Ben-Hafsún, segun se desprende del testimonio de Sampiro.

Aparte de esto, y de hallar fuera de sitio la apoteosis del cristianismo hecha en las últimas páginas del discurso—si es que fuera de lugar puede estar nada de lo que tienda á celebrar y mostrar la claridad y luz refulgente de la única religion verdadera,—¿qué puedo yo decir que no sea en honra y gloria del autor del trabajo que critico?

Sinteticemos.

Ambos académicos se han colocado á inmensa altura. El Sr. de la Rada tenía que justificar su eleccion, y lo ha hecho á maravilla, y digo á maravilla, no á humo de paja, porque una maravilla es su trabajo. El Sr. Fernandez-Guerra no tenía que hacerse digno de nada, porque de todo es digno dentro de su campo, pero el que mucho vale, el que muy alto se halla, ha de buscar manera de no rebajarse nunca;—por eso á los nobles de título y talento, exijo yo mucho más, en bien del Estado, que al ignorante populacho,—y lo ha conseguido, alardeando de su espíritu observador excelentísimo.

Claro, sencillo, natural, amigo de pocos menjurjes es el lenguaje del Sr. de la Rada, sin dejar de ser correcto y castizo en su frase.

Fresco y almidarado, elegante, y por serlo en grado superlativo, con afeites de muy buen gusto, es el del Sr. Fernandez-Guerra, tan primoroso (¿por qué no decirlo?), acaso sin rival.

Ignoro si al leer este artículo critico—dado caso que lo lean—mereceré un silencio despreciativo de los Sres. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado y D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe—aunque de éste no lo espero, que siempre fué indulgente hasta con mis yerros, siquier nunca me los perdonara;—pero yo les aseguro que, á hallarme en su situacion y á encontrarme con un admirador tan franco, tan sencillo y tan buen amigo—tengo el orgullo de creer que todo esto soy—como el autor de estas líneas, tendria gran placer en estrechar su mano, y no crea usted, Sr. de la Rada, que él tendria ménos en llamarse su amigo; yo se lo garantizo. A D. Aureliano, no mi mano, mis brazos le tenderia gustoso, ya que posee mis cariños y mis respetos.

FERMIN HERRAN.

Vitoria, Agosto, 1875.